

LA EXCOMUNION EN LA MIRADA

VALENTIN ARTEAGA

Al paisano diferente, en esta tierra amodorrada, le persigue un redondel de ojos por doquier. Ojos en ristre, pegadizos y lentos. Mancheguísimos ojos de animal y de yesón salobre que eternizan su reloj de envidia y de escándalo juntos sobre la biografía entera del paisano diferente o de la paisana que rompe las normas por un instante, efímera veleidad, ay. En la Mancha a los hombres y mujeres distintos los envuelve el personal con su mirada de cal y canto, pornografía pedernal, esparto que quema, sorprendente ascua cuya fiebre voluptuosa moja de sequía irredimible. Los ojos de los hombres y mujeres de esta tierra parada fijan en el aire, como alfileres deshonorados, la diferencia. A toda la tribu, como si de un súbito ramalazo de escarnio se tratase, los tantanes todos del alma se le suben a la retina y les pegan un calambrazo de órdago en los párpados, tío. Paisano, no vaya usted al casino con la parienta. Arcipreste, no cambie de itinerario la procesión. Chiquilla, no te sueltes tu melena de pájaros núbiles sobre el roquerío azul de tus espaldas de playa inacabable. Novios, no "hagais manitas" en la Glorieta..., que la Villa se tambalea inmediatamente, que se descorren al unísono los visillos, que se despernian las córneas, se desparran las cejas; porque en la Mancha, país de orden, tierra ortodoxa, persecución visceral de la herejía, tiempo infinito, o el que se mueva un ápice el velamen del molinerío es un terremoto del corazón, está absolutamente prohibido el cojear con las dos piernas, compadre, mal nacido, que nos vas a echar a voleo los colores de la cara, y las costumbres acá no se pueden mover de sitio.

Por los lugares manchegos lo que está mandado es no menear las sorpresas. Por aquí hay que calarse la anguarina hasta el mismísimo pensamiento. Ciliciarte las maneras, madre. No volver la cabeza en misa. Meterte en casa y atrancar la puerta con el arado romano. Ya está. Así. Que nadie tenga que decir nada ni señalarte con el dedo. Ni conducirte al juzgado de guardia. Por los lugares manchegos se solivianta el personal en un periquete. Le ven a uno hablar dos veces con la chica del boticario y ya le ha puesto los cuernos al frasco del bicarbonato, al estante de las aspirinas, al ungüento tarugillo. O se entretiene dos minutos más en el confesonario la mujer del alcalde. Y el señor cura ha rene-

gado del ripalda, usía, tenga cuidado, usted, que todo está hoy en día mangas arriba. Si el alguacil, a pleno sol, resguardándose un poco bajo los soportales del Ayuntamiento lee a don Antonio Machado, o la chiquita de COU, al lado de una coca cola, subraya unas frases de María Zambrano, o el coadjutor con pantalones vaqueros repasa una entrevista de Leonardo Boff, el redondel de ojos les va cercando, como una era pegajosa, sitiándolos, ojos apelmazados, tomiza, albardas de instinto y tierra, inevitables ojos de mala uva tercamente animal, envidia inconfesada.

En la Mancha, no hay que decirlo, la cosa es archisabida, el mal primero y único se sitúa en la mirada. Lo malo, qué va, no está en su aislamiento. Ni en que paren poco aquí las visitas. O duren muy poco los profesores de Formación Profesional, el concejal de cultura explica en la apertura de curso que los chicos han bostezado menos en la lección inaugural que el año pasado... En la Mancha, región detenida, mapa de barbecheras salobres para el desamparo más perenne, lo que escuece, como una ortiga en las espaldas, es el berbiquí de los ojos del vecindario en el cogote. Te vuelves y tienes, séneca, amigo, la almorzada maciza de todos los ojos encima dañándote, como una violación en el pajar, la desnudez más propia del alma. Acá cada uno debe hacer lo imposible para pasar inadvertido, disimular. Prohibido que se te note demasiado la ternura, vaya. Acá tienes que echarte la gañanía encima y salir a la Plaza Mayor con albarcas y peales el domingo por la mañana: que si te pones corbata, es peor, estropeas el calendario, corazón, remueves el Rincón del Conde, desquicias la Esquina de Arias, mareas a los árboles de la placeta de la Tercia, pones boca arriba las raíces de los cimientos del Pósito, tío, le desjeringas la siesta al médico, desorcizas las vísperas al ecónomo, donde vas tan distinto, marcado a fuego, chache, corneado por la diferencia, pobre, que ya puedes, entérate, ser asesinado, si te encuentra, por tu propia madre, hijo, lo que estás haciéndonos pasar.

Ojos, ojos, muchos ojos, todos los ojos, los ojos enteros sobre tí, niño. Ojos por los cruces de los caminos. Por la revuelta de la Rinconada del Santo. Desde las piquerías, ojos. Sobre la veleta del campanario. En las azoteas todas. Al lado de la pila del agua bendita. Desde la caseta de la báscula.



Desde el pupitre del maestro antiguo y distante, niño. Desde el comedor de casa. Desde la talega del cartero. Siempre ojos, primor. Por la calle de Santa Rita. Por las cuatro caras del ambón. La Mancha, mirada total, cejas como dos tardes largas, como dos quinterías derramadas por el sol inmenso de la llanura. Y el paisano solo en el paisaje. El paisano sintiéndose observado, vigilado, milimetrado despaciosamente por las cien mil y una miradas del pueblo echado afuera al unísono de sus casas, a ver qué ocurre, quién ha osado romper la norma, cantar fuera del coro, tomar una muchacha por el hombro, detenerse ante el misterio del arco iris, paladear un verso. El pueblo llenando las calles, dándose codazos para poder figonear, enterarse del nombre del hereje, detectar las grietas de su carnet de identidad, saber del color político de sus antepasados. La mirada de los hombres y mujeres manchegos observa, con descaro proverbial, al disidente porque molesta tanta distinción, el signamieto que le ocupa. Ojos, ojos. La circunferencia completa del paisaje una órbita inmensa que apenas pestañea, primor; que te clava en la pared y detiene el horizonte, inquiera tus virtudes y te acusa de los siete pecados capitales, osado de tí, excomulgado.

En La Mancha el personal excomulga simplemente con los ojos. La inmensa mayoría de los hombres y mujeres manchegos tiene, para su uso particular, debajo de la frente, un banquillo de acusados para condenar, sin testigos, sin juez defensor, a todo aquél que, ay, atrevido, viola, diferente, el código de la normalidad.